



ESCUELA DE NEGOCIOS
UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO

www.ieem.edu.uy



EL FRACASO: UNA EXPERIENCIA INELUDIBLE

El fracaso es el compañero constante de los que han logrado hacer cosas. Es una de las caras de la moneda, pero como dice el dicho “el que no arriesga no gana”

POR JUAN JOSÉ GARCÍA
Profesor del IEEM

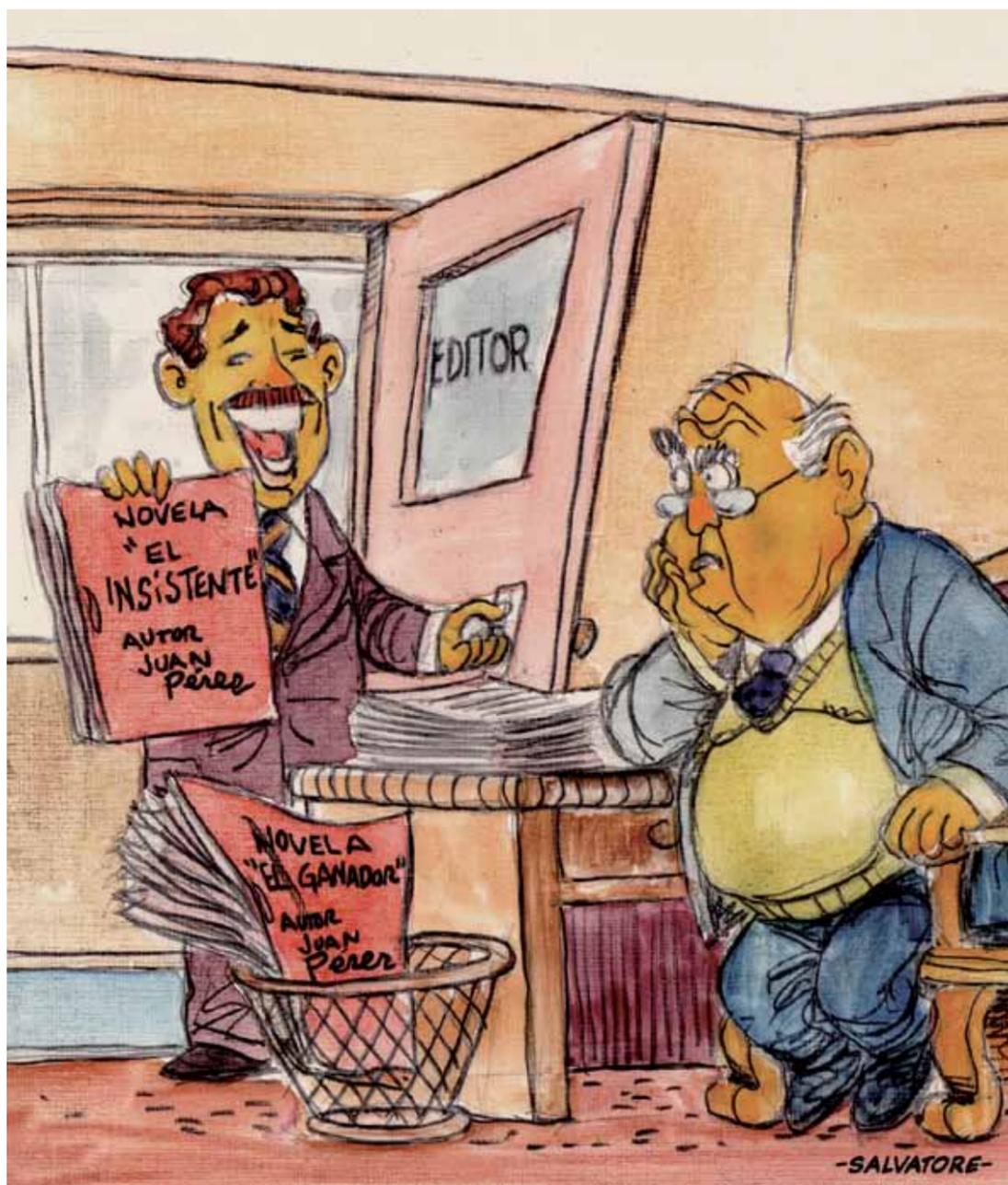
Es sabido que en general los libros sobre “management” cuentan los éxitos que han tenido los emprendedores y empresarios famosos, también algunas experiencias erróneas que conviene evitar, pero raramente se detienen a narrar todas las experiencias fallidas, los fracasos que tuvieron que asumir muchos de esos triunfadores en sus primeros intentos, cuando la realidad negaba con contundencia lo soñado en ambiciosos proyectos. Por este motivo, son libros que si no se los sabe leer, es decir, si se piensa que lo que allí aparece es la realidad, puede ser el origen de frustraciones importantes en la gente joven. O quizá alimentar mentes utópicas a las que les costará admitir que no son geniales.

Esos libros tienen éxito porque suelen estimular una actitud generalizada entre las personas que hemos crecido y vivimos en lo que puede caracterizarse como civilización occidental, donde se valora positivamente la iniciativa personal y la consiguiente responsabilidad; y paralelamente se fomenta una aversión al fracaso. Sin caer en la cuenta que de ese modo se va incapacitando a las personas para asimilarlo como una experiencia frecuente en la vida de gente que se propone conseguir logros ambiciosos, diferentes a los ya conseguidos.

Más fracasos, menos éxitos

No son pocos los pensadores que han reflexionado sobre la dimensión de fracaso que implica cualquier vida humana. Sin amarguras estériles, y con la sinceridad que da la sabiduría, cualquier persona que haya alcanzado algunos triunfos a lo largo de los años no tiene inconveniente en reconocer que en su vida han sido quizás más las derrotas que los éxitos. Y esto sin regodearse en sus “fracasos”, con ese exhibicionismo cínico con el que algunos intentan conseguir la “admiración” que generan esas “confesiones” desgarradas en el derrotado que todos llevamos dentro.

A tal punto es el fracaso un



¿Tenemos la capacidad de sobreponernos a nuestras derrotas y de ese modo irnos ejercitando en la difícil tarea de realizar emprendimientos valiosos?

compañero constante de los que han logrado hacer cosas importantes, que podría compararse la vida de esas personas con la imagen tan manida del iceberg: lo mucho que puede asomar, digno de ser destacado, emerge desde

un volumen muy superior de intentos fallidos, proyectos frustrados, nobilísimas aspiraciones que no llegaron a hacerse realidad (“lo que el árbol tiene de florido vive de lo que tiene sepultado”). Y lo más notable es que no ha sido, en la generalidad de los casos, por imprevisión, negligencia o pereza. Sino por factores en gran medida imposibles de prever. De ahí la atmósfera de sincera humildad que acompaña a aquellos que han logrado grandes realizaciones.

Porque son conscientes de todo el “debe” que ha quedado a lo largo de su trayectoria, y de la cantidad de “suerte” que acompañó sus proyectos más logrados, por

mucho empeño que hayan puesto en ellos.

Fracaso como experiencia

Es conocida, al menos en su formulación libresco, que el modo de revertir una derrota es sacar experiencia. De ese modo no se transforman en un fracaso. Y que esos fracasos hasta pueden ser el imprescindible entrenamiento para lograr una victoria. (Algo que con frecuencia hay que recordarles a los profesionales más jóvenes que tienden a considerarse geniales porque les salió algo bien, o se derrumban cuando fracasan en alguna tentativa).

Por todo esto es imprescin-

dible que nos preguntemos con total transparencia para responder con absoluta sinceridad: ¿Tenemos la capacidad de sobreponernos a nuestras derrotas y de ese modo irnos ejercitando en la difícil tarea de realizar emprendimientos valiosos? ¿Hemos elaborado las posibles “estrategias” para mantener la serenidad en esos momentos desagradables de modo que podamos hacer una autocrítica en la que podamos detectar los errores que cometimos para no repetirlos en lo sucesivo? ¿Logramos rectificar reconociendo qué hicimos mal, o podríamos y deberíamos haber hecho mejor? Porque si no logramos llegar a fondo acabaremos en un derrotismo inoperante (“todo lo hago mal”), o en excusas permanentes, típicas de quien tiene mentalidad de víctima por no animarse a asumir sus errores.

Me contaba la madre de un amigo que de niño había aprendido a hablar muy rápido y bien, pero que muchos meses después había aprendido a caminar solo. Porque cada vez que lo intentaba era tal el ímpetu con que daba sus primeros pasos intentando dar comienzo a una carrera, que generalmente se caía. Y esas caídas lo retraían de volver a caminar porque quedaba asustado. Hasta que lo intentaba nuevamente, pero solo al cabo de un tiempo.

¿Los fracasos de los emprendimientos, que comenzamos con el ímpetu de un entusiasmo que parece imparable, nos arrojan a nuevos proyectos? O por temor a más fracasos nos retraen de reemprender con la experiencia que podemos sacar del fracaso. Porque ese será el mejor test para saber si estamos en la ruta de los grandes realizadores. Esa que para cualquier hijo de vecino está empedrada de frustraciones que, superadas, son el mejor comienzo para los mayores logros. Esas metas que movilizan como ideales, pero que nadie nos puede garantizar que se harán realidades. Porque en todo proyecto hay algo de apuesta, de riesgo... Pero aunque no nos guste arriesgar no hay alternativa. Lo sentencia la sabiduría popular: el que no arriesga no gana. Quien no se expone al fracaso, tampoco. ●